

2
2113

1932

c/o 4

K
1041

Las Señales de los Tiempos



Durante el calor del verano la gente tiene generalmente mucha sed, y surge la pregunta: ¿Qué beberemos? El agua es la mejor bebida. Pero pueden prepararse otras bebidas buenas y sanas. Véase el artículo sobre este particular.

Precio: 30 céntimos.

EN TORNO A LA CRITICA SITUACION INTERNACIONAL

El *Corriere della Sera*, de Milano, publicaba lo siguiente hace poco, al comentar ciertas decisiones de la directiva del fascismo:

"No solamente en la forma, sino también en el fondo, el Gran Consejo ha proclamado la urgencia de poner la palabra "fin" a este estado de cosas, de terminar esta triste comedia internacional, que carece de aquí en adelante hasta del atractivo de la originalidad, y que ya no deja ilusiones al optimismo más resistente. El fracaso regular y sombrío de las solemnes conferencias, además de disminuir la autoridad de los Gobiernos con los pueblos, aumenta, según la bien escogida expresión de la orden del día, las "superficies de rozamiento" entre los Estados. Después de cada uno de estos fracasos, se descubre que la causa de la paz y de allí la de la reconstrucción económica mundial, ha dado un paso hacia atrás. Y ahora nos queda un margen muy precario, y cualquiera equivocación de la misma naturaleza puede llevar la civilización al mismo borde de un precipicio."

Paul Le Cour escribió recientemente lo siguiente en *Atlantis*:

"Asistimos actualmente a la agonía de un mundo y al nacimiento de otro. Hombres de buena fe, de alta cultura, desechan toda idea religiosa y pretenden implantar la felicidad de los hombres por la igualdad de condiciones, por la elevación del *standard* (norma) de vida, por la participación del mayor número al bienestar. Pero hay algo defectuoso en sus planes, ya que las consecuencias no son más que paro obrero y miseria, ruinas financieras, derrumbamiento de las situaciones mejor establecidas, o una monótona uniformidad de existencia, una dureza de vida sin otro gozo místico que el de producir y seguir produciendo para conseguir el dominio del mundo y convertirlo a una doctrina en la cual no hay nada que no sea material."

Entre tanto, la crisis sigue tan grave como siempre o más aún. Se proponen toda clase de remedios para poner fin a ella.

"Al lecho del mundo enfermo acuden primeramente los peritos. Desde la mañana hasta la noche, durante semanas y meses, han desfilar: el financiero, el economista, el industrial, el comerciante, el agrónomo, el agente del fisco, el empleado de aduanas. Una variedad grande de peritos. Después del financiero del presupuesto, el financiero del Tesoro, el financiero de la moneda, que no hay que confundir con el financiero del crédito. Hay que hacer billetes de banco, dice uno. De ninguna manera, dice otro. Hay que aumentar el encaje de oro, dice el tercero. No señor, dice el cuarto, hay que disminuirlo. Grave error, señores, dice el siguiente, hay que repartir equitativamente el oro en el mundo. Viene un representante de los negocios de petróleo. Todo esto está pasado de moda, dice; hay que cambiar la moneda: que el petróleo tome el lugar del oro y todo irá bien... Pedimos la palabra, dicen los indus-

triales. El primero propone un aumento de sueldo, con disminución del número de horas de trabajo; el siguiente, una reducción de los sueldos y aumento del número de horas de trabajo. Cada uno escribe una prescripción: aumentar la producción, disminuir la producción, reconquistar el mercado ruso (o el chino), suprimir las deudas o los derechos de aduana. Viene otra vez un financiero. Si le hubiesen escuchado, no se habría llegado a esta situación; saca de un bolsillo una martingala infalible. De repente se oyen voces. Es el hombre de la calle que quiere también dar su opinión. Es un asunto de sentido común, dice; hay que disminuir los impuestos o más bien suprimirlos. Se ovaciona a este ciudadano valiente y perspicaz...

"Los peritos llegan a conclusiones contradictorias que hacen la desesperación de los interesados y la alegría (efímera) de la galería, porque consideran solamente fragmentos del fenómeno general mientras que sus remedios pretenden aplicarse al cuerpo entero. En un punto están de acuerdo: el enfermo está muy mal."

¿Por qué no se mejora la situación a pesar de todos los remedios propuestos? Es que se pretende remediar el mal sin quitar sus causas. Se quiere hasta ignorar las causas profundas del actual malestar y hay que reconocer que las causas no son puramente materiales. Si hay causas morales, el remedio propuesto ha de tenerlas en cuenta.

En cuanto a esto, no hay duda posible. Hay importantes causas morales a la base de la actual crisis económica mundial. Los hombres lo sienten. Hay escritores que ya no se callan en cuanto a ello. Dicen claramente que debajo de todas las causas materiales de la crisis hay una crisis moral.

M. Daniel-Rops trata este asunto en un libro titulado "*Le monde sans âme*" (El mundo sin alma). El autor señala en el mundo actual la decadencia de lo espiritual hasta en el interior de los organismos religiosos. Dice que si nuestra civilización parece dedicarse enteramente al culto exclusivo del confort y de los gozos materiales en general, no se ve que los adeptos de las religiones se caracterizan por una negación decidida a participar a dicho culto. En un gran número de cristianos, la fe no es más que una adhesión de la mente, una fe en la cual lo espiritual ya no existe. En otros, también numerosos, las preocupaciones morales quitaron de la fe su contenido y la adhesión a los dogmas ya no es más que una forma.

Con esta desaparición de fuertes convicciones morales y espirituales en el mundo, con la falta de fe verdadera que transforma la vida, no queda ya firme apoyo moral para realizar los fines de la vida. Desaparecidos los principios de la ley moral de Dios, se derrumban los fundamentos de la sociedad, y si los hombres no vuelven a dichos principios, no habrá solución satisfactoria a la actual crisis mundial.

R. G.

Redactor:
R. GERBER

Administración:
Covarrubias, 28
Teléfono 34155
MADRID

LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS

REVISTA MENSUAL

PRECIOS

	Ptas.
Número suelto . .	0,30
Suscripción anual en	
España . .	3,50
En el extranjero . .	4 ore

Año 1932

MADRID

Núm 7.

LA TIERRA SE LLENA DE VIOLENCIA

Por José Boix.

"Y como fué en los días de Noé,
así también será en los días del Hijo
del hombre."

(Cristo. Luc. 17 : 26.)

Por todas partes se nota un afán desaforado de violencia y criminalidad que está llenando de tristeza y alarma a muchos corazones. Esta recrudescencia de la criminalidad que estamos experimentando en estos últimos tiempos, no sólo en España, sino en la mayor parte de los países que marchan a la vanguardia de la civilización, acusan un avance notable y alarmante de la familia humana, en el camino de la impiedad y perversión de los espíritus.

Cada día se leen en los periódicos crímenes repugnantes, atentados personales, estallidos de bombas y petardos, guerras, colisiones sangrientas, movimientos sediciosos, descubrimientos de explosivos, robos acompañados de violencia, huelgas revolucionarias, complots, conspiraciones, etc. A propósito de este ambiente de violencia, Emilio Sánchez Pastor escribió hace poco en *La Vanguardia*, de Barcelona, que "Hemos llegado a unos tiempos en que no se puede defender una idea ni propagar una doctrina, sin declarar como necesario para su implantación, el derramamiento de mucha sangre, la supresión de muchas vidas, el propósito de verificar una serie de ferocidades como condición indispensable para todo buen éxito". Antonio Zozaya escribió un artículo en *La Libertad* del 22 de mayo 1932, en el que haciendo referencia a los últimos descubrimientos de explosivos llevados a cabo por la policía española, decía lo siguiente: "Para que en varias provincias aparezcan depósitos de explosivos en cantidades enormes es absolutamente necesario que exista una organización poderosa, y esto nos estremece, porque nuestra naturaleza repugna la idea de las asociaciones para el mal... Revela que esa barbarie se organiza y que el mal puesto de manifiesto en los Estados Unidos de América con motivo del rapto y asesinato del hijo de Lindbergh,



Mr. Lebrún, nuevo Presidente de la República francesa, elegido en el Palacio de Versalles, para suceder a M. Doumer, asesinado recientemente.

es decir, el creciente poder de las organizaciones de delincuentes, se muestra ya en todas partes, aun en un pueblo como el español, que pecó de individualista y que repugnó por instinto los grandes crímenes colectivos... Es horrible que en la nación americana más civilizada y rica, los criminales sean más fuertes que los varones dignos, y que el fruto de todos los esfuerzos para aumentar la riqueza pública se traduzca, a fin de cuentas, en salvajismo, en odio de unos hombres a otros hombres."

Hace pocos años se organizó en Chicago una sociedad de ciudadanos honrados para defenderse por sus propios medios de la perversión y audacia de los criminales; se denomina la "Comisión de

los crímenes de Chicago". Los acuerdos y conclusiones que sus componentes adoptaron fueron publicados por un periódico yanqui, del que se toman los siguientes párrafos, traducidos y publicados en un periódico español por el periodista Fabián Vidal, y son como siguen: "El crimen es un negocio asentado en Chicago sólidamente. Está centralizado, organizado y comercializado. Es, en realidad, un negocio semejante al de la industria automóvil. No es consecuencia de los tiempos duros ni de la miseria ni del frío invernal. Lo han escogido sencillamente gentes a quienes les parece ventajoso el oficio.

El trust del crimen tiene ramificaciones en la policía, el foro y los tribunales.

Hay altos jefes que dan órdenes y ejecutantes que las obedecen y cobran su tanto por ciento. Cuenta con especialistas afamados para toda clase de delitos. Y hasta dispone de una sección de Jurisprudencia para la defensa de los criminales que se dejan coger.

¿Ocurren estas cosas únicamente en Norteamérica? No—dice Vidal comentando los párrafos precedentes—. En Europa, desde 1918, la criminalidad va aumentando de tal forma, que la alarma es universal entre quienes sienten preocupaciones de orden colectivo. Jamás valió tan escasamente como ahora la vida humana. Jamás se respetó menos la hacienda ajena, complemento indispensable de la libertad y seguridad individuales."

Las estadísticas que se van publicando sobre la criminalidad en algunos países, son de naturaleza alarmante. Los crímenes de sangre han aumentado extraordinariamente. El año pasado hubieron en los Estados Unidos, por término medio, unos 33 crímenes diarios. De día en día menudean más los robos y los asesinatos realizados por rapazuelos que no han pasado aún de la adolescencia, y esto, naturalmente, tiene alarmada a la conciencia pública y universal. Una ola roja se ha levantado con pretensiones de dominar a la razón y al mundo.

¿LO CONSEGUIRÁ?

El problema del crimen va preocupando seriamente a muchos, y muy especialmente a los que tienen la gran responsabilidad de velar por el orden público, libertad y seguridad de los individuos. El Sr. Albert Bruner, miembro del Comité de Seguridad civil de Chicago, ocupándose de la inmoralidad que reina en aquella ciudad, pronunció un discurso el año pasado, en el que afirmó que el famoso Al. Capone dispone de seis mil funcionarios a sueldo, y que el 80 por 100 de los magistrados y jueces de Chicago son cómplices de los criminales, que disponen a su antojo de la vida y de los bienes de los ciudadanos de aquella ciudad.

Muchos son del parecer que se debe aplicar una mayor severidad en la represión del crimen, asegurando que este ambiente de perversión y violencia acabaría fácilmente si se aplicaran ejemplares castigos a los audaces asesinos y malhechores; pero, ¿se

está seguro de ello? César Falcón, ocupándose de este serio problema social, decía en una de sus *Cartas de Londres*, publicadas en un diario barcelonés: "La severidad en la represión del crimen no acaba con la criminalidad. La pena de muerte en Inglaterra no ha suprimido estos crímenes, cometidos con plena conciencia y con desprecio de la severidad punitiva. Ninguna ley ni la más severa penalidad pueden suprimir, claro está, las anomalías patológicas. Pero la organización policial de Chicago, con sus pistolas especiales para matar en seguida a cuantos ladrones encuentren en *in fraganti* delito, y el anuncio de los banqueros de San Francisco de California, de pagar un premio por cada cadáver de ladrón de Bancos, tampoco han logrado disminuir sensiblemente la criminalidad norteamericana."

Son muchos los que combaten la propensión a la violencia, sobre todo cuando se ejerce, no en arrebatos pasionales, sino conscientemente, fríamente, como una táctica; sin embargo, y a pesar de este clamor general, sobradamente justificado, nada se consigue; la ola roja, la ola de la barbarie, avanza vertiginosamente, sembrando por doquier la intranquilidad, la miseria, el terror y la muerte, y algunos se preguntan:

¿POR QUÉ SERÁ ESTO?

Para penetrar en el fondo de este problema, que, como acabamos de ver, es un problema de índole moral, es de absoluta necesidad que consultemos con los Oráculos de Dios: *La Biblia*. La palabra de Dios proyecta abundantes rayos de luz sobre la condición actual del mundo, y muy particularmente sobre el problema del crimen que estamos considerando. Si estudiásemos este Libro maravilloso con el mismo interés y diligencia que los bereanos del tiempo de Pablo, los cuales "recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras, si estas cosas eran así" (Hech. 17:11), entonces tendríamos una visión más amplia de la solemnidad de los tiempos en que vivimos, y las palabras del que es el Alpha y Omega de todo saber, serían el principal objeto de todos nuestros estudios. Comprenderíamos perfectamente que cuando Cristo dijo que "como fué en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre", quiso decir lo que dijo, y dijo lo que quiso decir, esto es, que las condiciones morales, políticas y sociales de nuestro tiempo, serían análogas a las que prevalecieron "en los días de Noé". ¿Y cuáles fueron las condiciones reinantes en los días de aquel "fiel pregonero de justicia"? La Historia inspirada nos dice llana y lisamente "que era mucha la maldad del hombre en la tierra, y que toda imaginación de los pensamientos de su corazón era solamente mala todos los días. Y habíase corrompido la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia". (Gén. 6:5, 11. V. M.) El Testigo Fiel y Verdadero, nos describe en muy pocas palabras un cuadro real de las condiciones sociales que prevalecieron en los días de Noé, y afirmó solemnemente

que antes de su regreso personal y visible, el mundo se hallará bajo idénticas condiciones: mucha maldad, mucha corrupción y, por consiguiente, mucho crimen. ¿Y por qué todo esto? *"Porque no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. Perjurar, y mentir, y matar, y hurtar, prevalecieron, y sangres se tocaron con sangres. Por lo cual se enlutará la tierra, y extenuaráse todo morador de ella"*... (Ose. 4:1-3.) He aquí otro cuadro pintado por el profeta de Dios, en el que en muy pocas palabras nos describe las condiciones actuales del mundo, y el porqué de tanta maldad. Todo lo que ahora podemos esperar, y esto en un futuro inmediato, es el fiel y literal cumplimiento de las declaraciones proféticas que Cristo hizo hace veinte siglos: *"Mas como los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día que Noé entró en el arca. Y no conocieron hasta que vino el diluvio y llevó a todos. Así será también la venida del Hijo del hombre."* (Mat. 24:37-39.) Si éste es el trágico fin que aguarda al mundo, entonces...

¿QUÉ HACER?

Lo que hemos de hacer es estudiar más de cerca el problema del pecado, y estudiarlo a la luz de la palabra de Dios, "creyendo—como Pablo—todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas". (Hech. 24:14.) Si los expertos criminalistas estudiaran el problema del crimen, después de haber estudiado detenidamente el problema del pecado, con seguridad que dirían a todos los jefes y ministros de Estado: si queréis que disminuyan los crímenes, tanto los que se cometen con impía frialdad, como los que se cometen como resultado de arrebatos pasionales, dejad que los ciudadanos vayan a Cristo, quitad de vuestros Códigos todas las leyes que estén en pugna con las leyes de Dios, cuidad de no poner obstáculos a "los que guardan los Mandamientos de Dios, y la fe de Jesús", permitid que la buena palabra de Dios sea sembrada en el corazón de cada ciudadano, y si esto hacéis, experimentaréis con regocijo cómo se aligera la pesada carga de vuestra responsabilidad por hallar soluciones a los graves problemas de palpitante actualidad y que ahora os tienen tan abrumados; veréis, con gozo, cómo esa ola roja que se levanta amenazadora deja de ser, y donde ahora está entronizada la violencia, el odio y la tiranía, será entronizado el amor, la paz y la libertad; pero si menospreciáis la fórmula propuesta, la tierra se llenará muy pronto de violencias, robos, engaños, homicidios, etc., "y sangres se tocarán con sangres".

Siendo que Cristo anticipa el rechazo general de la única fórmula en que se podría atajar el mal universal, acaso preguntaréis con los contemporáneos de Pedro: *"¿Qué haremos?"* Oigamos la divina respuesta, porque es tan oportuna para nosotros actualmente como lo fué para ellos en aquel enton-

ces: *"Y Pedro les dice: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos (para los judíos); y para todos los que están lejos (para nosotros los gentiles); para cuantos el Señor nuestro Dios llamare. Y con otras muchas palabras testificaba y exhortaba diciendo: Sed salvos de esta perversa generación."* (Hech. 2:37-40.)

El pecado es la fuente de donde emanan todos los crímenes y miserias de este mundo. Las naciones, por no prestar atención al divino y misericordioso *"Venid a Mí"*, están madurando para los juicios de Dios. Las señales de la segunda venida de Cristo y del fin del mundo, son inequívocas: una de ellas es el incremento del crimen y espíritu de violencia. Apropiémonos las saludables enseñanzas de la respuesta de Pedro, dada a los que tenían hambre y sed de justicia, pues es la única manera de que seamos salvos de esta perversa generación, y no se cumpla en nosotros el dicho del profeta Isaías: *"De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis."*



TOKIO. Takeshi Inukai, primer ministro del Japón y que presidió el armisticio de Shanghai, que ha sido asesinado por un grupo de militares de la *Fraternidad de la Sangre*.

¿Cuál es la Biblia auténtica?

Por Salvador Iserte

Muchas veces se pregunta: ¿Cuál es la Biblia verdadera: la católica o la "protestante"? Mejor se debería decir: ¿Cuál es la Biblia cristiana?

La Sagrada Biblia consta de dos partes: el Antiguo Testamento (A. T.) y el Nuevo Testamento (N. T.). El N. T. católico contiene los mismos libros, capítulos y versículos que el "protestante". Aquí, pues, no hay lugar a dudas ni discrepancias. Pero al volvernos al A. T., allí encontramos diferencias entre ambos. La grande y prácticamente, la única diferencia está en los libros llamados apócrifos (= ocultos o secretos) que se hallan en la Biblia católica, pero que están ausentes de la "protestante". Estos libros son siete: *Tobías*, *Judit*, *Sabiduría*, *Eclesiástico*, *Baruc* y los dos *Macabeos*, más siete capítulos añadidos al libro de Ester y tres al de Daniel.

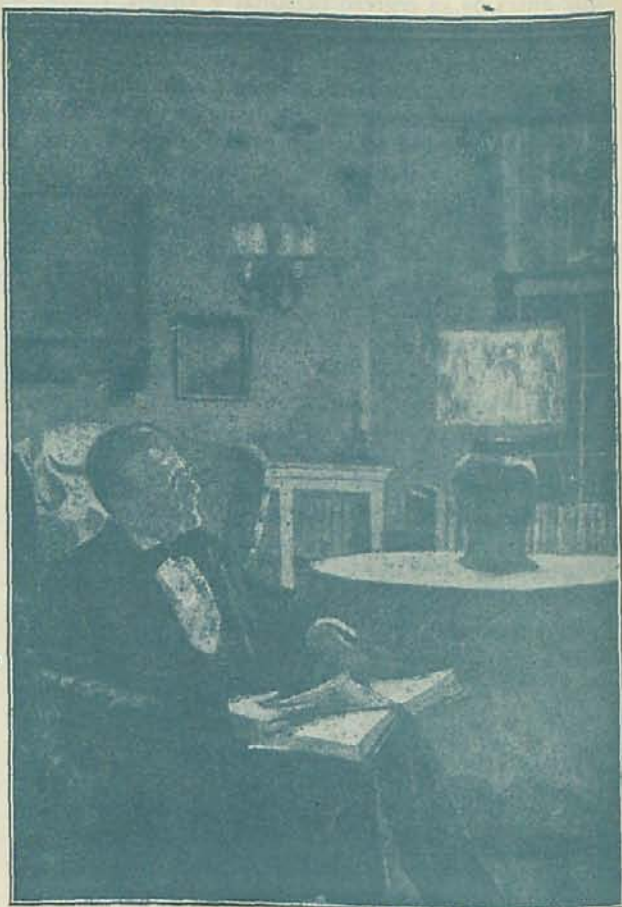
El dilema es: ¿Son estos libros inspirados o no? Si lo son deben formar parte del canon (= regla o norma) de las Sagradas Escrituras, y si, por el contrario, no lo son deben clasificarse como libros de historia o de fábula, excluyéndolos del conjunto de libros sagrados que gozan de plena autoridad y veracidad.

Hay dos grandes grupos de evidencias, que demuestran que estos libros no son sagrados: en primer lugar, las evidencias externas y luego las internas. El primero presenta el testimonio de la historia y de los libros de la Biblia en contra de los apócrifos, y el segundo se desprende de un estudio de estos mismos libros.

EVIDENCIAS EXTERNAS

Antes de todo veamos a quién correspondía el deber y el derecho de formar el Canon Sagrado del Antiguo Testamento.

El apóstol San Pablo, el que más hizo por la religión de Cristo después del Maestro mismo, lo expresa tan claramente que no deja lugar a dudas. Precisamente en su carta a los romanos y en el capítulo III, vers. 1 y 2 encontramos lo siguiente: "¿Cuál es, pues, me diréis, la ventaja de los judíos?, o qué utilidad se saca de ser del pueblo circuncidado? La ventaja de los judíos es grande en todos modos. Y principalmente porque a ellos les fueron confiados los oráculos de Dios" (1). Esto es lo que dice textualmente la Biblia católica, según la versión del doctor Félix Torres Amat de 1928, que es la más moderna traducción española que la iglesia romana ha hecho. Y en la nota marginal explica: "O las escrituras divinas; y a ellos se hicieron las promesas del Mesías, y de su reino eterno". De manera que la Sinagoga judía fué la depositaria por mandato divino de las Sagradas Escrituras del A. T. Por



Los hombres se preguntan a veces: ¿Cuál es la verdadera Biblia? Este artículo y otros que seguirán contestan esta pregunta.

tanto, ella era la que debía decidir cuál era el texto exacto del canon inspirado y no la Iglesia católica o cualquiera otra iglesia. Ni católicos griegos ni romanos, ni protestantes ni adventistas están autorizados para decir qué es del canon y qué no es del Antiguo Testamento, sino los judíos, y de ellos lo hemos recibido todos como herencia.

Ahora bien, los apócrifos no están en las Biblias hebreas; no pueden estar porque nunca formaron parte de ella. Por tanto, bíblicamente hablando, el catolicismo no lleva la razón al pretender tener el derecho de elegir el texto del A. T. Si no quiere faltar a la verdad debe recibir el A. T. como lo legaron los judíos sin añadirle nada.

Ahora transcribimos el testimonio del gran historiador judío Josefo en su famoso discurso contra Appion (cap. I, párr. 8), recordando que los siete libros apócrifos fueron escritos en el período intertestamental que va desde Malaquías hasta Juan Bautista:

"Desde Artajerjes hasta nuestros días se han escrito varios libros; pero no se ha creído que fuesen dignos de una confianza semejante a la que se concedía a los libros que les han precedido, porque la sucesión de profetas se ha interrumpido. Tal es la

(1) La letra cursiva en todas las citas es nuestra.

prueba del respeto que tenemos por nuestras "Escrituras", que aunque nos separa un *largo intervalo del tiempo en que se completaron y terminaron nadie se ha atrevido a añadir o a quitar o a cambiar una sílaba*; todos los judíos desde el día de su nacimiento, como impulsados por un instinto, consideran las Escrituras como los oráculos del mismo Dios a cuya enseñanza deben ser fieles y por la cual dan, si preciso fuera, su propia vida."

Después de considerar estos hechos podemos comprender de qué manera falta a la verdad el P. Remigio de Papiol, misionero capuchino, al escribir en su libro *El protestantismo ante la Biblia* lo que sigue:

"¿Cómo sabemos que estos libros (los canónicos y los apócrifos) han sido inspirados por Dios? Por el testimonio de la Iglesia. Verdad es que los libros del *Antiguo Testamento* fueron escritos cuando aún no había sido fundada la Iglesia. Pero ella los heredó de la Sinagoga, y sabe por el testimonio de Jesucristo y de los apóstoles que dichos libros fueron inspirados divinamente." (4.^a edición, 1923—con las debidas licencias—, p. 5).

Respecto al testimonio de Cristo y de sus apóstoles, hablaremos en el número próximo. Referente a que "la Iglesia" "los heredó de la Sinagoga" hemos visto que no es verdad. Mal pudo recibir Roma los apócrifos de la Sinagoga cuando no existían en el canon hebreo.

El A. T. hebreo termina con Malaquías, que cierra la antigua Revelación con predicciones de la próxima aparición del Sol de justicia, de su precursor Juan Bautista y del Nuevo Pacto con referencias a la victoria final de la verdad sobre el error (Malaquías 4), mientras que el A. T. católico concluye así:

"Acabaré yo también con esto mi narración. Si ella ha salido bien, y *cual conviene a una historia*, es ciertamente lo que yo deseaba; pero si, *por el contrario*, es menos digna del asunto que lo que debiera, se me debe *disimular la falta*. Pues así como es cosa dañosa el beber siempre vino, o siempre agua, al paso que es grato el usar ora de uno, ora de otro, así también un discurso gustaría poco a los lectores si el estilo fuese siempre muy peinado y uniforme. Y con esto doy fin." (2.^o Macabeos 15 : 38-40).

¡Qué final para la grandiosa Revelación del Creador del Universo! ¡Se "debe disimular la falta" si todo no "conviene a una historia", y "es cosa dañosa el beber" "siempre agua"! ¡Digno final de un apócrifo más, no de un oráculo del Dios eterno! ¡Digno final de una de tantas tradiciones del "estercolero romano", según la expresión de uno de los más grandes hombres, pero no del oro puro de la Revelación del Señor! El Espíritu de Verdad no habla así. Ni una palabra más se necesitaría decir para afirmar por siempre que los apócrifos no son divinos.

Y yo también con esto daría fin. Pero hay más. En el próximo número estudiaremos el testimonio de la historia desde Cristo hasta nuestros días.

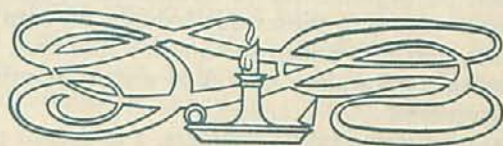
¿Son accidentes afortunados?

Los librepensadores modernos no quieren creer que los mundos fueron creados originalmente por Dios, y han propuesto la teoría de que una especie de génesis mundial se lleva a cabo en los dominios de lo infinito. El autor de "Los vestigios de la creación" aseguró que él descubrió en el firmamento algo que llamó niebla ígnea, y que ésta se iba condensando poco a poco en pequeños orbes, los cuales, a su vez, se convertían en otros mayores. Pero ¿qué han revelado los grandes telescopios? En vez de encontrar una niebla ígnea que se convierta gradualmente en nuevos mundos, los astrónomos descubren agrupaciones de estrellas y mundos nuevos, todos perfectos en forma y girando en sus órbitas.

Hoy sabemos que el sol es el centro de nuestro sistema solar. "Pero nuestro sol, con su sistema, es sólo un grupo pequeño que gira alrededor de otro sol central, el cual, a la vez, tiene a su rededor mil sistemas solares; y este sol central, con sus mil sistemas solares, no es sino otro grupo que da vueltas alrededor de otro sol central, en esa vasta hueste de estrellas que brilla en el espacio." Solamente vemos las avanzadas de ese celestial ejército del Omnipotente, de cuya grandeza son sólo muestras diminutas y microscópicas. Hasta la imaginación se cansa del esfuerzo de formarse el concepto debido de la grandeza y la magnificencia y la gloria de la creación y el gobierno de Dios, tal como se extiende por los incontables universos del espacio.

El ateísmo habla de ciertos fenómenos naturales, como "accidentes". Fijémonos en algunos de ellos: Mercurio se encuentra a distancia más o menos de 65.000.000 de kilómetros del sol. No necesita luna, y por un "accidente" afortunado no tiene ninguna. Venus se encuentra a 100.000.000 de kilómetros del sol, y no necesita luna. Por un "accidente" afortunado tampoco la tiene. La tierra, al contrario, se encuentra casi a 165.000.000 de kilómetros del sol, y por un "accidente" afortunado tiene una luna, precisamente donde se necesita. Júpiter se encuentra a unos 800.000.000 de kilómetros del sol. Por otro "accidente" afortunado tiene varias lunas, debido a su gran distancia del astro solar. ¿Es por casualidad no más que las lunas estén colocadas justamente en los lugares donde son necesarias y que no estén en los lugares en donde no se necesitan y que en número sean según la distancia de aquellos mundos del sol? Los incrédulos aseguran que estos arreglos son accidentales. Nosotros decimos que suceden por la sabia creación de un Ser Omnisciente.

A. L. BAKER.





En los pueblos que no creen en Dios hay una tendencia de deificar las fuerzas de la Naturaleza.

EN EL PRINCIPIO CRIÓ DIOS

Por el Profesor H. W. Clark.

Esta es la más sublime declaración de la mayor verdad que el mundo ha conocido.

Habiendo aceptado el principio de un Ser Supremo como causa primordial de todos los fenómenos naturales, y la Biblia como su Palabra revelada, procederemos ahora a un estudio de los problemas científicos relacionados con el origen de esta tierra. Sin pro ni contra ninguno, el primer capítulo del Génesis, pone su premisa fundamental en la sencilla pero sublime declaración: "En el principio crió Dios." Para muchas personas la razón de esta declaración es más o menos misteriosa; pero una cuidadosa consideración de las condiciones bajo las cuales fué dada la hace más comprensible. En primer lugar hemos de comprender que el escritor del Génesis no discute la cuestión del tiempo del "principio"; sólo declara una verdad fundamental necesaria para que sean correctamente entendidas las ulteriores discusiones. Las filosofías del mundo antiguo eran materialistas y atribuían la manifestación de las leyes naturales a fuerzas inherentes. Esto lo ilustra muy bien la creencia religiosa de Asiria o Egipto. En esos pueblos se enseñaba que la materia era eterna y que en sí misma contenía las fuerzas necesarias para producir los fenómenos de la naturaleza. Se suponía que la naturaleza obraba por sí misma, y que los dioses que habían, no eran más que seres algo más poderosos que los hombres, pero de la misma naturaleza que ellos y con las mismas disposiciones.

Bajo un sistema tal de creencias, a la deidad prin-

cipal, sea cual fuere su nombre, no se la suponía creadora y sostenedora del Universo, sino que ella misma estaba más o menos a merced de las fuerzas naturales. Podía, por su superior sabiduría, hacer cosas que no podían hacer los seres inferiores; pero de ningún modo tenía supremacía sobre todas las obras de la naturaleza. Desde luego hemos de contar aquí con un resto de fe en un ser Supremo, pues parece que todas las naciones antiguas tenían ideas que sugerían tal creencia; en todos los casos, sin embargo, los atributos de la deidad eran tan confusos por causa de la idea que las fuerzas de la naturaleza eran materialistas, independientes y que obraban por sí mismas, que la supremacía de los dioses principales no era bastante acusada para colocarlos en el rango de creadores.

Entre muchos pueblos antiguos, la idea de seres espirituales personales se había de tal modo esfumado, que miraban a la naturaleza como dotada de inteligencia, lo que podría llamarse una especie de panteísmo. Los hombres adoraban las fuerzas innatas de la naturaleza, y cada objeto de la naturaleza se estimaba vivo e inteligente. Esta idea alcanzó su mayor desarrollo en los griegos, quienes consideraban la tierra, el mar y el espacio poblados de millares de dioses. Cada fenómeno natural, el viento, la lluvia, las estaciones, cada planta y árbol, eran juzgados como fuerzas vivas, y los dioses residentes en cada parte de la naturaleza eran adorados con la idea que eran seres poderosos cuyo favor era necesario obtener.

Era fácil para aquellos pueblos formarse concep-

tos tales, pues no tenían una idea exacta de la extensión de la tierra. Cuando por ejemplo los griegos creían que Grecia era el mayor país del mundo, y que los demás países alrededor constituían la superficie de la tierra, y que ésta reposaba sobre un mar desconocido, no les era difícil reconciliar esta opinión con su idea en cuanto al poder de sus dioses.

Contra todas estas falsas nociones, el escritor del Génesis hace la declaración: "En el principio crió Dios los cielos y la tierra" (Gén. 1:1). Los hebreos sabían de quién hablaba, porque aquel Dios se había revelado a sus caudillos por varios centenares de años. Enoch, el séptimo desde Adán, anduvo con Dios, y había tenido revelaciones del reino de Dios que se establecería en esta tierra (Gén. 5:22, 24; Judas 14). No sólo conocía Enoch a Dios por experiencia, sino que en su relación con Adán aprendió de éste lo que sucedió en el Jardín de Edén, y en los días en que Dios se paseaba con Adán al aire del día (Gén. 3:8). Por otra parte, poco tiempo después de la traslación de Enoch encontramos a Noé, quien anduvo también con Dios (Gén. 6:9). Así que, a toda la rama de los hebreos, Dios era conocido, y cuando la apostasía llegó a tal extremo que era casi universal, a Abraham se le dijo: "Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí." (Gén. 17:1). Entre Dios y Abraham se estableció un pacto que había de extenderse a todas las generaciones.

Cuando Moisés se encontró con Dios cara a cara en Horeb, sabía quién era Dios así por los relatos del pasado como por la reiteración que Dios le hizo: "Yo soy el que soy". (Exodo 3:14). En otras palabras: "Yo soy el Dios que existo por mí mismo, y fuera de mí no hay otro". Escribiendo la historia del principio o Génesis (no tenemos ninguna razón plausible para dudar que Moisés fuese el autor del Génesis), Moisés empieza con un principio fundamental: "En el principio crió Dios". El, el Dios Todopoderoso, el Ser Supremo era la fuente de poder del cual se deriva la creación entera. Dios no era una divinidad local, el patrón de algún pueblo o tribu, o el dominador del trueno o de algún astro, o del mismo sol. Era el Ser Supremo, cuya palabra era suficiente para la existencia de los cielos y la tierra. El fué el que con su palabra, según el Salmista, difundió las poderosas olas de energía que dieron existencia a astros y mundos. Este era el concepto que el autor del Génesis quería dar a sus lectores desde el principio mismo del relato.

El libro del Génesis, sin embargo, no es un relato del origen del universo o del sistema solar. Después de establecer un principio general en la primera frase, procede a discutir el origen de esta tierra, y sólo incidentalmente hace referencia a otros cuerpos. Algunas personas tropiezan en cosas como, cuando era el "principio", pero esto no se ha de discutir aquí. No es de importancia para la comprensión de esta verdad que decidamos ahora la exacta cronología del Génesis; el punto que ahora nos interesa es el cómo del origen.

En el laberinto de teorías antagónicas sobre el origen de la tierra y su vida, encontramos un hilo de opinión general que atrae con fuerza la atención de los hombres pensadores, y que se niega siempre a ser descartado. Demócrito, un filósofo griego del siglo IV antes de J. C., reconocía en la Naturaleza lo que él llamaba "una interna tendencia perfeccionadora". Observando el paso gradual de la materia, del mineral a la planta y a la vida animal, él notó en las formas vivas evidencias de un designio inteligente. A Aristóteles, que vivía más o menos en la misma época, le llamó la atención la adaptación de las formas vivas a su ambiente, y creía que existía alguna mente creadora y sostenedora de todas las cosas. Tenía un concepto de Dios sorprendentemente semejante al que tenían los escritores de la Biblia. En su "Metafísica", XI, c. 7, dice: "La vida le pertenece, porque la actividad de la mente es vida, y él es esa actividad. La pura actividad individual de la razón es la más bendita y perdurable vida de Dios. Decimos que Dios es vivo, eterno, perfecto, y la vida perdurable es de Dios, porque Dios es vida eterna."

Mientras que muchos hombres han invocado a la casualidad como causa de la ley natural, los más profundos pensadores parecen acogerse a la verdad establecida por Moisés, y admitida también por Aristóteles, el más importante de todos los escritores paganos. Hoy día, pocos escritores sostienen una teoría puramente mecanicista; la mayoría de ellos admiten la necesidad de la fe en un Ser Supremo. Aun los evolucionistas por lo general creen en un Dios que dirige los procesos de la Naturaleza. "El pasado y el futuro en toda historia, son ambos relativos a la ley del todo, el molde creativo del cosmos, el genio de Dios"—Boodin—, *Cosmic Evolution*. Una reciente obra que atrae mucho la atención es un libro titulado "Holism and Evolution", por J. C. Smuts, el estadista del Sur de Africa. Aunque no estamos de acuerdo con muchas de sus conclusiones, encontramos, sin embargo, que reconoce el mismo principio fundamental, que una mente está a la base de los procesos naturales. Llama a la mente la "actividad fundamental, sintética, ordenadora, organizadora, reguladora, del universo".

No es necesario estudiar muy profundamente este tema para darse una cuenta que el escritor del primer capítulo del Génesis poseía una verdad que ha sido reconocida por los grandes pensadores de todas las épocas. A través de las errantes divagaciones del pensamiento humano, la raza humana vuelve, finalmente, a la sencilla verdad de la existencia de una razón divina, un diseñador inteligente, un poder director que da existencia a todas las cosas y las sostiene con "la palabra de su potencia". Mientras queden firmes los principios básicos de la ciencia, el primer versículo del Génesis quedará como la más sublime y concisa declaración de la mayor verdad que el mundo ha conocido: "En el principio crió Dios."

AYUDEMOS A NUESTROS PRÓJIMOS

Por C. L. Paddock.

"La manera más fácil de ir al infierno—dice el doctor Frank Crane—es cruzarse de brazos, y no hacer nada." El diablo se alegra muchísimo al lograr que nos agreguemos a la iglesia, y luego en casa, nos sentemos en la silla mecedora y entonemos el himno "Ama a tus prójimos", en tanto que en todo nuestro alrededor perecen los necesitados.

No precisa que asesinem, asaltemos un banco, quebrantemos el séptimo mandamiento o mintamos a nuestro prójimo para que perdamos el cielo. Es cierto que el quebrantar cualquiera de los mandamientos nos excluirá de esta tierra incomparable, pero también algunas de las cosas que no hacemos nos cerrarán las puertas de perla.

Si os encontráis en un bote de remos a media legua de la catarata del Niágara; ¿qué haríais para labrar vuestra perdición? Sólo abandonar los remos y no esforzaros más. No pasarían muchos minutos antes de que las impetuosas aguas os arrastrasen hasta la catarata. Nadie irá al cielo dejándose llevar por la corriente. Si descuidamos nuestros remos, iremos rápidamente hacia el abismo.

Un rico y joven gobernante se acercó en cierta ocasión a nuestro Señor para preguntarle qué debería hacer para obtener la vida eterna. Después que el Maestro le aconsejara que observase los mandamientos, replicó: "Todo esto guardé desde mi juventud." Había honrado a sus padres, observado el día de reposo, y cumplido rigurosamente con todos los demás preceptos del Decálogo. Mirando al joven con compasión, el Salvador se daba cuenta de lo que le faltaba y le recomendó que vendiese sus propiedades y socorriese a los menesterosos. El relato sagrado dice que el joven se fué triste, pues era dueño de extensas posesiones. En cuanto sabemos, el joven no acató nunca el consejo del Salvador. Desearíamos que este incidente hubiese tenido otro desenlace, pues del relato deducimos que el joven no se encontrará nunca en el cielo, y esto, no por algún mal cometido, sino por el bien que pudo realizar y que no hizo.

En el capítulo 25 de Mateo, a partir del versículo 41, el Salvador dice a los que se encuentran a Su mano izquierda: "Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles." ¿Qué crímenes horrendos habían cometido? ¿Qué delitos merecían un castigo semejante de manos del Maestro? Las Sagradas Escrituras nos los exponen: "Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no Me disteis de beber; fui huésped, y no Me recogisteis; desnudo, y no Me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no Me visitasteis. Entonces también ellos Le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo Te vimos hambriento, o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no Te servimos? Entonces les responderá, diciendo: De cier-

to os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, ni a Mí lo hicisteis." ¡Perdidos! No por los errores cometidos, sino por el bien que no quisieron hacer.

En la parábola de los talentos, expuesta en el capítulo XXV de Mateo, se nos dice que a un hombre se le dieron cinco talentos, a otro dos, y a aun otro uno. El que había recibido los cinco talentos los empleó hábilmente, y el de los dos talentos, hizo lo mismo. Cuando el señor de estos siervos regresó, el que había recibido los cinco talentos, le informó que había ganado otros cinco, y el de los dos talentos le hizo saber que había duplicado la cantidad recibida. Ambos recibieron bendiciones. Pero aquel a quien se le había confiado un talento devolvió a su señor el mismo capital, que durante la ausencia del amo había permanecido inactivo, oculto bajo tierra. A lo cual el señor ordenó a sus siervos: "Quítadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos... Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera: allí será el lloro y el crujir de dientes." ¿Cuál fué la causa de esta sentencia de muerte? ¿A qué se debió la condenación? Tuvo por motivo lo que no había efectuado, o sea pecados de omisión. Había enterrado sus talentos.

¿Cuántos de nosotros figuraríamos en esa misma clase? ¿Vivimos en conformidad con nuestros privilegios? Mientras un oficial hacía su recorrido de inspección de un gran trasatlántico, en alta mar, encontró a un hombre sentado detrás de una chimenea, comiendo galletas con queso. En respuesta a la pregunta del empleado respecto al porqué comía allí, dijo que había comprado sus alimentos antes de que el barco zarpase, y que todos los días comía en ese lugar.

—Pero hombre—dijo el oficial—, sus alimentos se incluyen en el valor de su pasaje. Debe estar en el comedor con los demás pasajeros.

¿Dejamos pasar, como este hombre, día tras día, oportunidades sin aprovecharlas?

Nunca antes ha habido tantas llamadas de auxilio, ni tantos necesitados. Incontables miles de seres humanos no pueden resistir el peso de la vida; por doquiera se hallan corazones acongojados por los pesares y las preocupaciones. La enfermedad y la muerte nos acechan por todos lados. Millones de personas que ansían trabajar se encuentran sin empleo, y cuando la persona que sostiene el hogar permanece ociosa, pronto la familia se ve acosada por la necesidad. En el mismo umbral de nuestras iglesias se hallan los desnudos, los enfermos y los hambrientos. ¿Les hemos auxiliado, o permanecemos ciegos ante las oportunidades que se presentan por todas partes?

En el lecho de un hospital una mujer llegó a conocer a su Señor, y como es natural, con ese hallaz-

go le vino el anhelo de hacer algo en Su favor, de llevarle alguien, si mejoraba de salud. Cuando regresó a la ciudad en que vivía, pidió a su ministro que le designase alguna obra misionera que pudiera hacer. Aquel sugirió que primero obtuviese un poco más de escuela. Pero carecía de dinero para seguir los estudios y, además, ya había pasado su juventud. Un día paseaba con su hijo y un antiguo conocido frente a un terreno baldío, en el cual se hallaban tendidos ocho o diez hombres.

—¿Qué hacen aquí estos hombres? — preguntó ella.

—No tienen adonde ir, mamá—repuso el hijo.

—Parece que tienen hambre—observó ella, y luego agregó: —Espera, voy a hablarles un momento.

Y, efectivamente, tenían hambre. Algunos de ellos no habían comido por dos o tres días. Ella se olvidó de la poca escuela que había tenido.

—Quedaos aquí—les ordenó—hasta que vuelva.

Una hora después regresó con una cacerola grande de guisado que había preparado con sus propias manos, en su departamento de dos cuartos. Este fue el origen de la obra que ahora lleva a cabo en San Francisco de California. Lluvea o haga buen tiempo, ella alimenta, viste y venda las heridas de mil o más hombres. Ninguna organización ni iglesia la respalda. Contando sólo con la ayuda de varios de estos muchachos, y las dádivas de algunas casas comerciales, realiza su benemérita obra. ¿Qué beneficios saca de ella? Sólo la satisfacción de poder socorrer a alguien.

Un rico caballero parisiense, que vivía en medio de la holganza, se hastió por fin de la vida, y una tarde salió de su casa, con la intención de ahogarse en el Sena. Como al llegar a la orilla aún era de día, decidió pasear un rato hasta que oscureciese, para no ser descubierto en sus intentos. Mientras hacía esto, se metió la mano en el bolsillo, y sintió una bolsa llena de oro, a lo cual se dispuso a buscar alguna familia pobre para regalársela, pues no aprovecharía a nadie si se arrojaba al río con el dinero.

Pronto llegó a una vivienda con todas las trazas de que la miseria reinaba en su interior. Entró, y vió a la madre de la familia, enferma, postrada en el lecho, y a seis niños harapientos que pedían pan. Les regaló el dinero, e inmediatamente sus lágrimas de dolor se transformaron en lágrimas de regocijo. Su agradecimiento hacia el benefactor era tan grande, que le hinchó el corazón de gozo y paz, haciéndole exclamar:

—No sabía que el hacer bien produjese tanta felicidad. Ahora no quiero suicidarme, y consagro el resto de mi vida a socorrer al desvalido.

Así lo hizo, y se distinguió por sus actos de bondad.

Ya que sólo recorremos una vez el sendero de la vida, es conveniente que escuchemos la admonición que se nos hace en Eclesiastés 9 : 10. "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas, porque en el sepulcro, adonde tú vas, no hay obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría."



Jesús dice al joven rico que venda sus propiedades para socorrer a los menesterosos con el dinero así obtenido. Si somos cristianos, debemos ayudar a nuestros prójimos.

¿Qué beberemos?

Estamos en el calor, y con él vienen momentos de ardiente sed, tal como no se siente más que en el verano.

La sed ha de satisfacerse. Es un deseo de agua de parte del cuerpo, que se ve privado de ella por las excreciones y la transpiración. Hay, pues, que restituir al cuerpo el agua perdida, y la sed la reclama. Por tanto, la mejor bebida es el agua, ya que constituye las dos terceras partes de nuestro cuerpo.

Si tuviésemos a mano una buena agua potable, quedaría fácilmente resuelto el problema de la sed, tanto desde el punto de vista higiénico como económico. Por desgracia, no siempre es así. En los sitios en que no se dispone más que de agua de cisterna o de charcas, esa agua está más o menos contaminada, y no debería emplearse sin hervir.

Pero ¡el agua hervida es tan sosa! Y, además, hay muchas personas a quienes no les gusta el agua, y menos aún ofrecerla a sus amigos.

Es, pues, necesario saber aromatizar el agua para darle un sabor agradable. Ahora es el buen momento de introducir en nuestras costumbres el uso de bebidas sanas y económicas. La lista de ellas es larga y variada. Reproduciremos tan sólo algunas. Cada uno puede escoger según sus gustos, su bolsillo y los recursos que le proporcionen su vergel o su mercado.

Las bebidas cuyo uso aconsejamos no son bebidas excitantes, sino nutritivas y refrescantes, las mejores para aquellos que trabajan o que quieren ahorrar fuerzas y aumentarlas, porque se hacen con frutas, y todos saben que las frutas no sólo son refrescantes, sino que a aquellos que las consumen les proporcionan preciosos elementos nutritivos y vigorizantes.

Recordemos también que la fruta que se emplee ha de estar a punto, madura sin exceso. A veces tendremos que lavarla rápidamente con agua fría, después de lo cual será bueno dejarla secar antes de machacarla.

Al extraer el jugo, evitemos el contacto con todo metal, que pudiera comunicarle sabor desagradable. Por falta de una prensa, puede usarse un mortero, cuidando de que esté bien limpio, y luego un tamiz para separar el jugo de la pulpa.

Para filtrar el jugo puede emplearse un tamiz o cedazo fino. Las botellas han de lavarse bien con agua hirviendo, deben taparse en seguida después de llenas, con corchos que se habrán hervido o bien escaldado antes. Las botellas han de guardarse en sitio fresco después de llenas.

PÁGINA DOCE



RECETAS

Limonada al minuto.—Tomar dos o tres limones y apretarlos bien antes de extraer el jugo. Exprimir luego el jugo en un jarro, y échense en él cinco o seis cucharadas de azúcar en polvo. Sobre ello se echa un poquito de agua hirviendo para que se derrita bien el azúcar. Después se añade como un litro de agua fría y puede servirse.

Naranjada al minuto.—Igual que la anterior, pero con un poco menos de azúcar.

Limonada de poco coste.—Una limonada de poco coste y muy refrescante en tiempo de calor se obtiene de la siguiente manera: échense en un litro de agua tres terrones de azúcar, como una nuez de ácido tartárico y unas gotas de esencia de limón. Esperar que todo esté bien derretido antes de usarla.

Bebida de cáscaras de naranjas y limón.—La cáscara de la naranja o del limón se raspa después de bien limpia. Se echan las raspaduras en un recipiente y se cubren con dos cucharadas de azúcar por fruto y un vasito de agua. Dejarlo macerar así como unas doce horas (durante la noche). El agua azucarada absorbe el jugo de las raspaduras y toma su aroma. Por la mañana siguiente, o al servirlo, añadir agua fresca al jugo concentrado obtenido por maceración. Constituye una bebida económica y deliciosa, sobre todo si se emplean juntas las raspaduras del limón y naranja.

Bebida de palo dulce.—Esta es también una be-

bida económica. Para hacer un litro de bebida tómese un puñado de pedacitos de regaliz (orozuz) o palo dulce, muy bien lavados en agua fría. Echense en un litro de agua, hirviendo con tres rodajas de limón. Tápalo y dejarlo en infusión varias horas. Después colarlo y dejarlo enfriar antes de usarlo.

Bebida de manzanas.—Cortar las manzanas en rodajas, echarlas en agua hirviendo y dejarlas hervir unos minutos. Sacar del fuego y colarlo. Se bebe frío, con o sin azúcar.

Limonada rosa.—Hacer una limonada al minuto con dos o tres limones, un litro de agua y azúcar. Añadir una tacita de jugo de fresas, o de jarabe de frambuesas o grosellas. Le da un bonito color rosa y su sabor es más fino.

Jarabes.—Muchos jarabes se expenden ya preparados en el comercio, y algunos como el de frambuesa, grosella, etc., son difíciles de preparar en casa, por no encontrarse fácilmente estas frutas en nuestro país, por lo menos a precios asequibles a todo el mundo. Pero hay jarabes que podemos preparar en casa y que pueden guardarse en botellas para cuando sean necesarios.

Jarabe de naranjas.—Para cuatro naranjas tómense dos kilos de azúcar y un litro y cuarto de agua y veinte gramos de ácido cítrico en polvo. Ráspense las naranjas y póngase la raspadura con el azúcar. Exprímaseles el jugo y añadirlo a lo primero junto con el agua. Déjese macerar todo un par de días. El ácido cítrico no ha de añadirse hasta que el azúcar está bien disuelto. Se pasa por tamiz y se embotella. Constituye un jarabe riquísimo.

Jarabe de cerezas.—Cuézanse muy despacio y con muy poca agua las cerezas. Cuando han hervido, pasarlas por una tela fina para obtener el jugo. Este jugo se hierve con azúcar para que forme un jarabe espeso. Ha de espumarse bien. Embotéllese y guárdese en sitio fresco.

Cocktails de fruta, sin alcohol.—Número 1: mezclar el jugo de media naranja con media yema de huevo y una cucharada de jarabe de grosella o de frambuesa. Añadir uno o dos terrones de azúcar, frotados en la piel de la naranja.

Número 2: mezclar el jugo de medio limón con media yema de huevo. Añadir una cucharada de jarabe de cerezas y uno o dos terrones de azúcar, frotados en la cáscara del limón.

Número 3: mezclar dos cucharadas de jugo de cerezas con el jugo de medio limón. Añadir un terrón de azúcar frotado en la piel del limón.

PARA VIVIR CIEN AÑOS

1. Reglamento de vida.

Tres veces ocho contarás.
Trabajo, sueño y descanso tendrás.

2. Regularidad.

Temprano te levantarás,
e igual te acostarás.

3. Agua.

Cada mañana te lavarás;
de cabeza a pies, con agua bañarás.

4. Aseo.

Dientes, boca y orejas limpiarás;
uñas y cabellos, sucios no dejarás.

5. Endurecimiento.

Ni frío ni calor temerás;
pero de los resfriados huirás.

6. Vestido.

Ropa limpia interior llevarás;
con vestidos holgados te cubrirás.

7. Resistencia.

Mucha resistencia obtendrás
del ejercicio que a menudo harás.

8. Puntualidad.

Tus precauciones tomarás
y a hora fija cumplirás.

9. Limpieza.

Cuando el polvo a quitar irás,
con trapo húmedo lo harás.

10. Luz.

De aire y sol inundarás
tu casa, y la ventilarás.

11. Salubridad.

Aire puro respirarás;
pero tu boca bien cerrarás.

12. Inmunidad.

Microbios y gusanos destruirás,
y así muchos males evitarás.

13. Discernimiento.

Tus alimentos escogerás
y con cuidado los comerás.

14. Sobriedad.

La sobriedad practicarás,
y en verano aun mucho más.

15. Masticación.

Tus alimentos masticarás
y lentamente deglutirás.

16. Moderación.

Agua pura a sorbos beberás;
entre comidas la tomarás.

17. Régimen.

Tres veces sólo comerás
al día, y poco cenarás.

18. Abstinencia.

De comer carne te abstendrás,
pues de ella veneno obtendrás.

19. Temperancia.

Alcohol y tabaco rechazarás;
como venenos los mirarás.

20. Aire.

Con la ventana abierta dormirás,
y la noche muy bien pasarás.

21. Previsión.

Enfermo te cuidarás;
nunca a mañana esperarás.

22. Salud completa.

Así tu salud conservarás
y cien años vivirás.

(De *Vie et Santé*.)



Cómo puso Elena su casa en orden

¡Bim! ¡Bam! ¡Bum!

Las cejas de Elena se contrajeron al oír el estruendo y humedeció sus labios para hablar. En la escalera se oyeron los pasos apresurados de una mujer.

¡Bim! ¡Bam! ¡Bum!

—¡Chist! ¡Tomasito!

—Pero, mamá—dijo la voz rebelde del muchacho—, ¿no puede uno hacer nada? Supongo que ella podrá soportar un ruidito. Lo que pasa es que siempre está con “luna”.

—Acuérdate de que tu hermana está enferma—prosiguió la paciente voz procedente del vestíbulo.

Elena quedó muy quieta. “Siempre está con “luna”. Era ya la segunda vez que había oído a los niños expresarse así. Ella no quería dejarles tal recuerdo al morir. Pero eso sería lo que iba a ocurrir: una procesión de rasgos de mal genio y exigencias cruzaron por su mente.

“Mi casa no está aún en orden—pensó con una triste sonrisa—, y temo que esto sea lo peor de todo. Tengo que apresurarme.”

Sus pensamientos se volvieron al año anterior. Había ido con su madre a ver al médico, y éste la había examinado cuidadosamente, pero había estado poco dispuesto, al día siguiente, a declararles exactamente cuál era su estado. Cuando ellas insistieron, les dijo que tanto se podía esperar un mes de vida, como un año, o dos; no se podía decir exactamente. Les dio algunas prescripciones, un régimen alimenticio especial, de una sencillez espartana, unas pocas palabras de instrucción recomendando aire fresco, largos periodos de descanso y ejercicios livianos. No sería necesario que él la viera a menudo, pues no podría hacer nada, a menos que ella empeorara. Cuando las condujo fuera del consultorio, se detuvo un momento a la puerta y luego puso la mano bondadosamente sobre el hombro de la enferma. Su faz austera se dulcificó y la brusquedad de su voz se trocó en ternura, mientras observaba el rostro delgado.

—A todos nos llega—dijo él—. Usted tiene diecisiete años. Le será, pues, mucho más fácil poner su casa en orden de lo que sería para uno como yo.

Elena regresó a su casa como inconsciente. Mecánicamente se sacó el abrigo y el sombrero y subió las escaleras que conducían a su pieza, seguida lentamente por su madre, y allí, en sus brazos, dió

rienda suelta a sus lágrimas, ante la plena conciencia de la terrible realidad.

Pero aun a los diecisiete años uno se acostumbra al pensamiento de la muerte, especialmente cuando lo va debilitando una enfermedad lenta. Y antes de muchos días la amargura quedó suavizada por cierto débil interés en su situación. ¿Qué hacen las personas a quienes resta poco tiempo de vida? Por supuesto, hacen su testamento. Ella no tenía mucho que legar; pero, al fin, tenía sus tesoros.

Se sentó ante su escritorio y lo abrió. Tomó con una mano una pluma, mientras que con la otra asía un montón de papeles.

—¡Qué desorden!—exclamó desanimada al contemplarlos desde un nuevo punto de vista. Cada casilla rebosaba de paquetes de cartas y periódicos. Cada rincón estaba en caótica confusión. “¡Poner su casa en orden!” Las palabras bullían en su mente.

—Bueno, esta pieza es mi casa—pensó ella, con un destello de sonrisa—. Y tal vez debiera empezar precisamente aquí.

Le llevó unos cuantos días para reducir la acumulación de cosas de su escritorio, ropero y armario al mínimo y este mínimo a un perfecto estado de orden. Sin embargo, su tarea no estaba aún terminada. Varias veces al día se había sorprendido arrojando alguna de sus pertenencias a un rincón para luego tener que volver a tomarla y guardarla en su lugar debido.

Pero, aun ocupaciones tan livianas como ésta eran demasiado cansadoras para continuar mucho tiempo en ellas. Largos periodos de descanso, que pasaba adormecida, con las ventanas abiertas y sombreadas por persianas; visitas ocasionales de algunos amigos y un sin fin de libros ayudaban a llenar las horas de sus días. Y eran los libros los que debían constituir el segundo paso en la ordenación de su casa.

—Buenos libros; pero, ¿por qué todas novelas?—preguntó un día una antigua maestra suya, pasando la mano sobre la pila que había en la mesa.

—Son más agradables que las obras difíciles—dijo Elena a manera de excusa—. Además—añadió tristemente—, ¿qué diferencia puede hacer ahora que sean o no novelas?

La señorita Castro oprimió tiernamente la mano pálida.

—La diferencia que hace es ésta: tu mente se atrofiará y debilitará si no la ejercitas debidamente. Y seguro que mi Elena no desea tener una mente atrofiada.

Elena no sentía gran interés en el ejercicio de sus facultades mentales, pero estimaba mucho a la señorita Castro y tenía mucha confianza en sus opiniones. Así que esa tarde puso a un lado sus novelas y abrió un ejemplar de un libro de disertación que había puesto aparte para regalar. Lentamente iba volviendo página tras página, hasta que se dio cuenta con fastidio de que su pensamiento estaba en la cocina, junto a su madre, percibiendo la suave fragancia de la comida, y pensando cuándo estaría lista.

Con un suspiro de desaliento, volvió otra vez a las primeras páginas y trató de nuevo de concentrar en ellas su atención. Y una vez más se percató de que estaba dormitando blandamente sobre la superficie; estaba leyendo palabras, no ideas.

—De veras que mi mente es superficial. Me avergüenza tener que confesarlo—se dijo sonriendo tristemente.

Resueltamente volvió a comenzar, tomando un párrafo a la vez, hasta que pudo estar segura de que había profundizado algo más y se compenetraba de los pensamientos del autor, tanto como se lo permitían sus facultades.

—Ahora sería un buen plan hacer un bosquejo de memoria de toda la disertación—sugirió la señorita Castro, cuando Elena le contó su caso—. Y a propósito, ¿no quieres permitirme trazarte un pequeño programa de estudio?

El espíritu indolente de Elena protestó; pero aceptó el bondadoso ofrecimiento y dedicó a la nueva tarea una breve porción de cada día, a menos que el dolor de cabeza y la fatiga la postrarán. Un buen poema era fijado en la pared al lado de su cama, y reemplazado por otro tan pronto como lo aprendía de memoria; y la creciente lista de ellos le fué de verdadera ayuda al repasarlos cuando el sueño se negaba a visitarla. Disertaciones, historias, temas de actualidad: se asombraba cuando pensaba en cuánto había podido aprender; cómo las columnas de los diarios que jamás antes habían llamado su atención rebosaban ahora para ella de interés.

—Mi mente está más activa que nunca antes—pensó Elena—. Y ello me impide pensar siempre en mis males; si no fuera que el doctor Morrill nos hubiera advertido de ello, casi diría que no estoy tan enferma, pero se trata de “una enfermedad engañosa”—aseveró él.

Pasaron varios meses antes de que volviera a ver al doctor Morrill. El había caído enfermo y estaba recobrando su salud en las sierras. Elena había temido llamar a otro médico, a pesar de que tampoco había habido mucha necesidad. No le había ocurrido nada de importancia, y había perseverado con el tratamiento, la dieta y el método de vida que le había indicado.

—He tenido más tiempo para “poner mi casa en orden” de lo que él se figuraba—pensó Elena—; y

estoy empezando a creer que no tendré que avergonzarme mucho de ello, cuando llegue el momento decisivo. Creo que ya he hecho la parte más difícil.

Es fácil echar a perder a una persona de dieciocho años, de ocho, o algunas veces hasta de ochenta, cuando toda la casa gira a su alrededor. A Elena le habían gustado los mimos, pero había tenido voluntad de hacer frente a la verdad cuando tuvo una vislumbre de ella.

—He estado considerándome como una princesa—se dijo sonriendo—, y no he sido más que una criatura mimada, una verdadera inutilidad. Debería apartar de mí ese pensamiento. Y tengo que apresurarme. ¡Mamá!—llamó, viendo a su madre pasar ante su puerta.

La señora Lane entró sonriendo tiernamente a su hija, con una canasta de medias bajo el brazo.

—¿No podrías zurcirlas aquí?—preguntó Elena.

—¿Por qué no? Pensé que estarías descansando, querida.

Durante unos minutos Elena observó la hábil aguja de su madre pasar de un lado al otro.

—¿No podría ayudarte?—preguntó ella de repente, tomando un par—. Mira, puedo usar esta ranja como huevo de zurcir.

—No quisiera que te cansaras—objetó su madre.

—No será más cansador que este crochet, aunque tengo tan poca práctica que seguramente iré muy despacio.

Luego, cuando la campanilla del teléfono llamó a su madre al piso bajo, ella le dijo:

—Deja la canasta aquí, mamá; trabajaré en ello un poco de vez en cuando.

Secretamente, Elena sentía conatos de rebelión ante la desbordante canasta de medias de la cual se hacía cargo. Pero más difícil que el hábito de ser útil era el de ser amable y paciente que ahora trataba de cultivar. Por tanto tiempo había estado ella resguardada de toda incomodidad o fatiga de cualquier clase, que la más pequeña cosa desagradable irritaba sus nervios enfermos. La esposa del pastor vino un día a visitarla, y la encontró con la cara oculta entre los brazos. Elena levantó la cara, en la que había huellas de lágrimas hacia su visitante, que la miraba con simpatía.

—No puedo, no puedo—musitó—. He estado tratando de poner mi casa en orden, y no puedo extirpar este egoísmo de mi alma.

Se rió a través de sus lágrimas ante la mirada de asombro de la señora Roldán mientras se le acercaba.

—Fué por causa de Luisito—prosiguió Elena, secándose los ojos—. Vino y se paró delante de mí masticando una manzana con todas sus ganas. ¿Puede usted soportar el ruido que hace una manzana al masticarla, señora Roldán? Yo me contuve lo más que pude, pero al fin me encolericé con el pobre niño y lo mandé que se fuera de la pieza. ¡Oh!, y no es la primera vez; difícilmente puedo pasar un día sin dejar ver mi genio. Y eso que ahora he estado esforzándome por ponerle freno.

—¿Cómo tratas de dominarlo, querida Elena?

—Sólo tratando de contenerme con una sonrisa.
—No creo que de ese modo logres mucho, querida—dijo la señora Roldán gravemente—. Has estado tratando sólo de curar los síntomas. ¿Por qué no das a tu alma un tónico?

—¡Un tónico!—repitió, y sus ojos asombrados se encontraron con la mirada bondadosa de la señora Roldán.

—¿Conoces a Jesús, el gran médico? ¿por qué no te diriges a él para pedirle su ayuda?

Elena bajó la vista y guardó silencio. Había comprendido. Pasado un momento hablaron de otras cosas.

Mucho tiempo meditó Elena esa noche en la oscuridad, sin conciliar el sueño. A la mañana siguiente, cuando el sol penetró a través de los postigos entreabiertos, sus ojos se posaron sobre las mismas cosas, familiares pero diferentes por una razón que no podía explicar. Su madre se dio cuenta del cambio efectuado mientras hablaban juntas cuando Elena tomaba el desayuno.

—Pareces estar muy contenta, Elena.

—Sí, estoy contenta. Este mes ha sido el más feliz de mi vida. Y me siento tan bien que casi no parecería posible.



Un silencio siguió a sus palabras. Su madre dió expresión luego al giro de sus pensamientos.

—El doctor Morrillo ha vuelto, Elena. Sería bueno que vayamos a verlo otra vez.

El Dr. Morrill examinó con mirada penetrante a su paciente.

—Y, ¿qué ha estado haciendo todos estos meses?—le preguntó, tomándole la mano.

—Lo que usted me ordenó—dijo ella, con una ligera sonrisa—, "poniendo mi casa en orden".

El les indicó que se sentaran, y luego, sentándose frente a Elena, continuó examinándola con atención.

—¿Poniendo su casa en orden?—repitió ensimismado—. Bueno—se interrumpió, irguiéndose de repente—, veamos cómo va ese pulso. Y durante la hora siguiente continuó auscultándola, haciendo preguntas y anotando todo en su tarjeta de informaciones.

—Ha sido una tarea mayor de lo que me suponía—continuó Elena al fin—. Creo que ahora estoy en el buen camino, aunque—añadió, mirando a su madre—si se me concediera tan sólo un año más...

—Y entonces supongo que querrá usted otro, y luego otro, y otro; cinco o diez años, más probablemente—gruñó el doctor, con una mirada brillante—. Bueno, salvo algún accidente de automóvil o una colisión de aeroplanos o algo por el estilo, puede usted disponer, a mi ver, de todo el resto de los setenta años que, según el escritor bíblico, se concede a los mortales.

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó Elena con los ojos casi fuera de las órbitas.

—Quiero decir que ha pasado algo notable. Y volviéndose a la señora Lane continuó:—Hace un año y medio yo no veía probabilidad de mejoría para su hija. Ahora, señorita Elena, usted se halla en la mejor vía de restablecimiento.

Unos momentos más tarde, el doctor Morrill se detuvo limpiando sus lentes, y volviendo a mirar a la niña y su madre, dijo ásperamente:

—Así que ha puesto usted su casa en orden sin razón alguna.

—¡Oh, no! Era una nueva Elena la que ahora hablaba. No sin razón alguna. Yo pensé en prepararme para... para morir; y todo el tiempo Dios estuvo preparándose para vivir.

(De *Relatos Juveniles*.)

Imp. de A. Marzo.—San Hermenegildo, 32.—Madrid